

RESEÑA DE / REVIEW OF: Ramón Solans, Francisco Javier: *Más allá de los Andes. Los orígenes ultramontanos de una Iglesia latinoamericana (1851-1910)*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2020, 303 págs. ISBN: 978-84-1319-110-2.

POR

MARIANELA CANCELLIERI¹

Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica / Instituto de Estudios Críticos en Humanidades / Universidad Nacional de Rosario

La trama que compone *Más allá de los Andes...* es el resultado de una estancia de investigación de Ramón Solans en la Universidad de Münster, Alemania. En los últimos años, numerosos trabajos han demostrado que durante el siglo XIX la Iglesia Católica experimentó intensos procesos de modernización, que terminaron por colocar al Sumo Pontífice como máxima autoridad dogmática dentro del catolicismo como nunca antes había sucedido. En América Latina estas transformaciones se vivieron en un contexto de particular crisis política, con una Monarquía hispánica en franco retroceso en ciertas áreas del continente, que paulatinamente fue cediéndole paso a jóvenes naciones que buscaban articularse con Iglesias que, a su vez, habían sentido los embates de las revoluciones de independencia en las primeras décadas del siglo. Cierta historiografía ha señalado que dichas Iglesias se encontraban incomunicadas unas de las otras y que su unificación no sucedió hasta la reunión del Concilio Plenario Latinoamericano celebrado en 1899. La presente obra aporta una mirada renovada sobre esta visión. Desde una perspectiva transnacional de la historia del catolicismo, analiza el nacimiento y consolidación de una Iglesia Católica latinoamericana como resultado de las iniciativas impulsadas por una parte de su episcopado que intensificó las alianzas entre sí y con sus pares europeos durante la segunda mitad del siglo XIX. Estos contactos dieron nacimiento a nutridas redes transnacionales ultramontanas que posibilitaron la gesta de proyectos colectivos como el Colegio Pío Latinoamericano o el mencionado Concilio.

La hipótesis propuesta por el autor sugiere que en América Latina tanto la internacionalización de las Iglesias como la consolidación del ultramontanismo fueron procesos desarrollados en paralelo. La fundación del Colegio Pío Latinoamericano en 1858 significó una pieza fundamental en este proceso dado que allí comenzaron a formarse los hombres que ocuparían las jerarquías eclesiásticas continentales, en sintonía con un catolicismo que se encontraba inmerso en un proceso de romanización que alentó una idiosincrasia co-

mún entre los seminaristas. El autor se enfoca en las iniciativas estimuladas fundamentalmente por el presbítero chileno José Ignacio Víctor Eyzaguirre, una de las personalidades claves en la construcción de vínculos de solidaridad entre los católicos latinoamericanos, aunque también se detiene en el trabajo emprendido por católicos uruguayos y argentinos. Solans utiliza una copiosa correspondencia, donde es destacable la utilización del archivo personal de Eyzaguirre, alojado en el Archivo Nacional de Chile, que lo habilita a utilizar una escala de análisis que traspasa las fronteras geográficas impuestas por los archivos institucionales. A ello se suman publicaciones periódicas e impresos —fundamentalmente de los archivos de los países antes mencionados— y una variada bibliografía que logra componer una trama que cumple con el objetivo de su título: dar cuenta de los orígenes ultramontanos de la Iglesia Católica latinoamericana.

El libro está compuesto por un apartado introductorio, doce capítulos y una conclusión que en su conjunto forman un relato sumamente llevadero para un público lector interesado en estas problemáticas. En los primeros capítulos, desde el uno al seis, la obra gira alrededor de la figura del presbítero chileno José Ignacio Víctor Eyzaguirre y su labor emprendida en torno al Colegio Pío Latinoamericano. También da cuenta del nacimiento de un sentimiento de colegialidad entre la jerarquía católica latinoamericana; a continuación, desde el capítulo siete en adelante, el autor pone el foco en las iniciativas y trayectorias de otras figuras, entre ellos el arzobispo de Santiago de Chile Mariano Casanova y el arzobispo de Montevideo Mariano Soler, a la vez que se detiene en determinados eventos que demuestran cómo hacia finales del siglo XIX puede afirmarse la existencia de un proyecto católico supranacional en América Latina.

En el primer capítulo, el autor realiza un recorrido histórico en torno a las derivas ideológicas del ultramontanismo que tendieron a imponerse sobre las corrientes reformistas y galicanas tanto en Europa como en América Latina, y que luego cristalizaron en una Iglesia Católica romana más centralizada administrativamente, jerarquizada y globalizada. Para tal propósito, en la escala latinoamericana, fueron esenciales una serie de «actores transnacionales»

¹ marianelacancellieri@gmail.com / ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0003-4602-588X>

que tuvieron una decidida intervención como difusores del ultramontanismo y la creación de redes eclesíásticas que excedieron los marcos nacionales. Es el caso de Eyzaguirre cuyo periplo es examinado en el segundo capítulo. Peregrinó por numerosas ciudades de América Latina, llegó hasta Filadelfia y Nueva York, cruzó el Atlántico, pasando por París —punto de referencia para el catolicismo decimonónico donde se congregaban intelectuales de la talla de Louis Veuillot o el conde de Montlambert—, hasta llegar al corazón del catolicismo, la ciudad Vaticana. Allí, Pío IX le propuso la fundación de un colegio, que luego sería conocido como Colegio Pío Latinoamericano, donde se instruyeron las futuras elites eclesíásticas latinoamericanas en Roma. La idea de crear una institución para formar al clero americano en Roma ya había sido planteada previamente, aunque por diversas circunstancias se vio frustrada. Incluso el proyecto se inspiró en otras experiencias, como por ejemplo un colegio pontificio en Roma de origen estadounidense creado en 1859; no obstante, el Colegio Pío se convertirá en el único de alcance transnacional. Poner en marcha la institución requirió del apoyo de las elites eclesíásticas y, desde luego, la participación de alumnos de dichas latitudes. Por lo tanto, Eyzaguirre nuevamente en América inició un nuevo recorrido por varias ciudades, donde estableció conexiones con buena parte de las jerarquías eclesíásticas, actores políticos y religiosos. En esta larga travesía, el eclesiástico pasó a ser el núcleo de una red transatlántica entre Latinoamérica y Roma, fortaleciendo las incipientes redes existentes.

A continuación, el capítulo tres está abocado a la puesta en marcha de las actividades del Colegio, que abrió sus puertas en noviembre de 1858. Para ello fue decisivo el trabajo emprendido por los delegados apostólicos americanos Mieczyslaw Ledochowski (Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú y Bolivia) y Mariano Marini (Argentina, Bolivia, Chile, Uruguay y Paraguay), además de los incansables viajes de Eyzaguirre en búsqueda de contribuciones económicas que sustentaran la actividad académica del Colegio. Cabe destacarse en esta primera etapa, la proliferación de un periodismo católico que dio publicidad al seminario para alentar la llegada de alumnos. En el cuarto capítulo Solans explica de qué manera tanto la fundación del Colegio como la publicación de la obra de Eyzaguirre, *Los intereses católicos en América* (referencia ineludible para los católicos latinoamericanos decimonónicos) así como también los escritos del diplomático argentino Félix Frías, contribuyeron a forjar una cosmovisión católica de la comunidad hispanoamericana que hasta hacía poco tiempo atrás resultaba poco claro imaginarla geográficamente. El episcopado tomó conciencia de la necesidad de dar respuestas comunes a problemas similares que terminaron por contornear un sentimiento de solidaridad transnacional en buena parte de las jerarquías católicas latinoamericanas.

Los capítulos cinco y seis recrean de qué manera la «cuestión romana» dejó de ser ajena a los católicos americanos y viceversa. El papa, ante la irreversible pérdida de los Estados Pontificios en 1870, encontró el sustento de su legitimidad en la conformación de una novedosa solidaridad transnacional que lo colocó como centro de una opinión católica global. De esta manera, las firmas de adhesión y la recolección de fondos en su favor a lo largo y ancho de toda América significaron el ingreso de estos territorios a un mo-

vimiento católico global. Al mismo tiempo, los numerosos gestos benevolentes de Pío IX hacia los alumnos del Colegio repercutieron en la romanización del clero americano y la consolidación de un sentimiento de fidelidad al papado. Reforzó esta lealtad al sumo pontífice la participación en grandes acontecimientos como el XVIII centenario del martirio de san Pedro y san Pablo en 1867, donde la exaltación de la unidad católica estuvo a la orden del día; sin embargo, el de más alto impacto fue la celebración del Concilio Vaticano I entre 1869 y 1870: fue la primera vez que representantes latinoamericanos asistieron a un concilio ecuménico celebrado en Roma. Todas estas acciones impactaron de lleno en la formación de una conciencia romana.

«Ultramontanos y Republicanos» es el séptimo capítulo. Allí se destaca la particularidad del posicionamiento teológico de las jerarquías eclesíásticas latinoamericanas esto es, el compromiso de las mismas con formas de gobierno republicanas, con un sistema liberal moderado y la postura de ciertos sectores ultramontanos que veían con buenos ojos la separación de la Iglesia y el Estado. Hacia fines del siglo XIX, la concordancia entre democracia, modernidad y religión encontró en los arzobispos de Montevideo y Chile, Mariano Soler y Mariano Casanova, dos referentes de una visión católica continental. Partiendo de la idea de pensar al ultramontanismo como un movimiento que se alimenta por la influencia de diferentes partes del mundo, ya no como un movimiento unidireccional de Roma hacia la periferia, el autor sostiene que la novedad de la experiencia latinoamericana radica en proponer un ultramontanismo por fuera de la formación política monárquica, en otras palabras, un ultramontanismo más allá de la organización política.

Los vientos de fines de siglo que se hicieron sentir con el pontificado de León XIII trajeron algunas novedades a escala latinoamericana; en los capítulos ocho y nueve el autor recupera algunas de estas transformaciones que tuvieron origen, por supuesto, en desarrollos previos. En primer lugar, la defensa activa del papado consolidada durante estos años fue la piedra basal del asociacionismo y del primer catolicismo laico en América Latina. Buena expresión de ello fueron, además de la proliferación de círculos obreros y la fundación de partidos, las peregrinaciones a Roma que los católicos latinoamericanos comenzaron a organizar para manifestar su adhesión a la Santa Sede, donde los laicos jugaron un rol cada vez más preponderante. Organizadas desde países como México y Argentina, estas muestras de devoción intensificaban la relación entre centro y periferia del catolicismo. En segundo lugar, comenzó a tomar forma el novedoso papel que ocupó el sumo pontífice en el tablero internacional, ya no como representante de una soberanía temporal ahora perdida, sino como árbitro de diferentes conflictos internacionales. La mediación papal contó, ciertamente, con el apoyo de las jerarquías episcopales que se alinearon con este discurso. Esto lo encontramos ilustrado perfectamente cuando el autor desarrolla el conflicto de límites entre Argentina y Chile a fines del siglo XIX, donde el episcopado de ambos países allanó el camino para la posterior intervención papal.

El capítulo diez recupera la trayectoria de Mariano Soler, quien tuvo un papel destacado en la gestión del Colegio Pío Latinoamericano así como también en la organización del Concilio Plenario Latinoamericano de 1899. Para el autor,

este evento fue una buena muestra de la iniciativa y dinamismo del clero latinoamericano, postura que debate con aquellas visiones que reducen el ultramontanismo a un movimiento unidireccional de Roma al mundo, donde la «periferia» recibió pasivamente aquella influencia. De nuevo, los fluidos contactos entre las jerarquías latinoamericanas posibilitaron una diversidad de iniciativas conjuntas, como por ejemplo la construcción del templo *Hortus Conclusus* en Palestina, financiado por Uruguay y Argentina, y la construcción del monumento Cristo de los Andes con intervención conjunta entre Argentina y Chile.

Finalmente, en «La recuperación de la herencia española», Solans busca dar cuenta del vínculo afianzado entre los católicos latinoamericanos y los peninsulares, que más tarde terminaría por contribuir a la recuperación del legado católico hispánico en América Latina.

En suma, *Más allá de los Andes...* tiene la gran virtud de llamar la atención sobre un aspecto poco explorado hasta el momento: la dimensión transnacional de una variedad de novedades del catolicismo latinoamericano y la importancia de las mismas tanto en la definición del catolicismo propiamente como en las formas de identidad de América Latina. Asimismo, dicha dimensión es explorada en una multiplicidad de aristas, no solo con el estudio de las instituciones (el Colegio Pío Latinoamericano) o los grandes eventos (el Concilio Plenario Latinoamericano), sino también los vínculos previos que debieron construirse como condición de posibilidad para esos proyectos, la trayectoria concreta de los impulsores y sus obras, o las peregrinaciones que congregaron a cientos de católicos sean eclesiásticos o laicos, entre otras tantas.

